

LORCA LITERARIA

SUMARIO

! ! por D. C. BARBERAN RODRIGO.—Rimas por D. S. MELLADO BENITEZ.—Desde Burgos, por D. JUAN P. BELTRAN.—A mi amigo D. José María Lopez, por D. JACOBO RUBIRA.—Despedida, por D. M. CATALINA.—Soneto, por D. B. MELLADO.—El tabaco, por D. ANDRES BAQUEBO.—Tempestad del alma, por D. ANTONIO GAYON.

! !

Eran las cinco y cuarenta y cinco minutos: la noticia había volado hacia todos los ángulos de la gran metrópoli con la rapidéz del relámpago: la policía no lo había comunicado á persona alguna, y sin embargo los habitantes de Lóndres, sabían que estaban amenazados de una inminente catástrofe. Se ignoraba lo que iba á ocurrir, los medios que iban á utilizar los enemigos del reposo público, la extension del peligro, pero se presentía éste, y se sabía que se había preparado con tal sigilo que la policía no había adivinado nada hasta hacía muy pocos momentos, y cuando ya era casi imposible evitar los acontecimientos.

Por todas partes se cerraban las tiendas y almacenes apresuradamente; los vecinos pacíficos se apresuraban á abandonar sus viviendas, los ómnibus llegaban á centenares completamente llenos á las estaciones, y de éstas salían trenes interminables arrastrados por varias locomotoras y ocu-

pados por innumerables viajeros en cuyos semblantes se leía la desesperacion y el temor.

Las estaciones eran asaltadas en completo desórden por la muchedumbre: allí no se respetaba la edad, ni el sexo; había una farándula infernal, y no bien había partido un convoy se formaba otro que era conquistado á fuerza de puños y que partía á su vez, despues de haber arrollado y destrozado á varios de los fugitivos.

Veíanse allí, esposas separadas de sus esposos, hijos de sus padres, padres de sus hijos, y en aquel inmenso pandemonium todos pugnaban por salvarse individualmente y parecían rotos los lazos de la familia.

Conforme las manecillas del reloj de las estaciones se hallaban más cerca de las cinco, los lamentos eran más fuertes, las imprecaciones más terribles, la lucha más encarnizada.

Los jefes y empleados de las líneas férreas procuraban cumplir con su deber, pero veían su autoridad menospreciada en todo lo que no fuera facilitar medios rápidos para el transporte de tanto viajero.

La policía había observado durante todo el dia que bajaban al ferrocarril subterráneo, en todas las estaciones, una infinidad de parejas, al parecer matrimonios, y que todas las mujeres eran desconocidas, y de un carácter y movimientos particulares. Nada, sin embargo, habían sospechado, pero á las cinco menos treinta y cinco iba una pareja de esas á penetrar en un tren cuando el hombre fué arrollado por la locomotora, y muerto. La esposa quedó de pié